

Juan José Tamayo, *Invitación a la utopía. Estudio histórico para tiempos de crisis*, Trotta, Madrid, 2012, 304 págs.

*“Por mucho que yo camine,
nunca la alcanzaré.
¿Para qué sirve la utopía?
Para eso sirve: para caminar”*,
Eduardo Galeano

Federico Mayor Zaragoza
Presidente de la Fundación Cultura de Paz

En este magnífico libro de revisión histórica y de proyección hacia el futuro, Juan José Tamayo “trata de rehabilitar y activar la utopía con sentido crítico y dialéctico en medio de la oscuridad del presente... y ponerla al servicio de la emancipación humana y de la liberación de los pueblos”. Hace una revisión de la utopía, de las contra-utopías y de las distopías a lo largo de la historia, y concluye abordando algunas las “utopías revolucionarias” de los tiempos modernos: el socialismo, el marxismo, el anarquismo y el feminismo... y la utopía alterglobalizadora, concretada en la propuesta de “otro mundo es posible”.

Es precisamente en tiempos de crisis cuando los oprimidos expresan su descontento e indignación, radicalizan su sentido crítico y formulan utopías movilizadoras. Es el momento de aperebirnos de que debemos beneficiarnos de la experiencia y de la capacidad creadora de los ciudadanos “anónimos”, invisibles, que no son tenidos en cuenta, que nunca han contado. Me gusta repetir la frase pronunciada por Bernard Lawn el día en que recibió, en 1985, el Premio Nobel de la Paz: “En la medida en que seamos capaces de ver los invisibles seremos capaces de hacer los imposibles”. Imposibles hoy, posibles mañana, hemos de ser capaces de ponerlos de manifiesto y actuar, acto seguido, despiertos, activos.

La Presidenta Dilma Rousseff, concluyó así, con extraordinaria lucidez, su discurso de investidura: “Para convertir nuestros sueños en realidad tenemos que superar los límites de lo posible”. Sí, “ir más allá de los límites de lo posible” es la idea central de este libro. La invitación a unir muchos esfuerzos para las grandes transiciones que se avecinan, para la inflexión histórica de la fuerza a la palabra.

El Profesor Tamayo descubre la trampa “en toda regla” de considerar la globalización neoliberal como realización de la utopía y reivindica “el principio esperanza” porque en la realidad no sólo hay presencia sino también –y de manera preferente- posibilidad. Es más, lo real *está en proceso* o, mejor, es *proceso*. Cada persona, cada ser humano único, capaz de crear, es un “ser-en- esperanza”. ¡Qué bien hará, a cuántos movilizará la lectura serena de este libro!

Desde hace años me ha interesado mucho todo lo referente a la transformación de los imposibles hoy en realidad mañana. Rápidamente olvidamos lo que hace unos años apareció como inverosímil y nos adaptamos a la realidad, es decir, a la ilusión, al anhelo pretérito como si fuera “lo normal”. Y es que la isla de *Utopía* no está en ningún lugar concreto, está en realidad en muchísimos lugares. La isla de Abraxa, conquistada por el Rey Utopu, se convirtió en la isla de Utopía –según el relato de Rafael en la conocida obra de Tomás Moro –que hizo de este pueblo rudo e ignorante un pueblo de buenas costumbres, humanitario y noble, a tal punto de aventajar en esas virtudes a todas las naciones del mundo.

En *Utopía*, todos, hombres y mujeres, conocen bien el oficio de labrador. Lo primero es saber sembrar, y hacerlo a contraviento, en condiciones adversas. Los utopianos aman sobre todas las cosas los placeres del espíritu. “Me alegro de que los utopianos hayan encontrado esa forma de República lo que yo deseo para todo el linaje humano”, escribe Tomás Moro al término de su libro.

Una parte importante de la excelente obra de Fernando Ainsa se refiere a la utopía. En *Necesidad de la utopía* (1999) destaca la “esencia histórica de la utopía”: la crítica del modelo existente y la propuesta de otro tiempo posible. La función de la utopía es propedéutica: desencadena una tensión moral que evidencia la insatisfacción que provoca la realidad presente y permite motivar éticamente el planteamiento de otros futuros posibles. El mundo no está dado sino que es cambiante y cambiante, es decir, sujeto a “poder devenir”.

Igual que Juan José Tamayo, Ainsa considera que nos encontramos en el umbral de una nueva era que, por su complejidad, requiere más que nunca que el individuo sea responsable y que la sociedad le permita desplegar su potencial creador. También María Ramírez Ribes, en *La utopía contra la historia* (2005) incide en que la utopía debe evitar “la visión fragmentaria del pasado y surgir, ante todo, del desacuerdo con la situación actual, es decir, ser una rebelión inalienable”.

“El pasado suele ser válido como lección pero no como invención. El ser humano no es espectador sino actor de los acontecimientos y de su propio devenir. El destino no es una fatalidad. Al menos, puede no serlo. Y esto -escribí en el artículo “La utopía necesaria”-, constituye “nuestra gran esperanza y nuestra gran turbación”. En Porto Alegre, en enero de 2005, acompañado nada menos que por Eduardo Galeano, Ignacio Ramonet, Roberto Savio y José Saramago, dije en el Foro Social Mundial que “es preciso acometer lo imposible: una actitud permanente de vigías, de oteadores, de irrenunciable anhelo para un por-venir que está por-hacer... El caballero andante -pensaba Don Quijote- debe buscar los rincones del mundo, entrar en los más intrincados laberintos, acometer en cada momento lo imposible”.

En tiempos de crisis es absolutamente imprescindible fijarnos objetivos que requieren una acción concertada, una gran capacidad de invención. También lo recuerda Juan José Tamayo, en palabras de Albert Einstein: “En tiempos de crisis, sólo la imaginación es más importante que el conocimiento”. Es necesario repetir y repetir estos conceptos para lograr vencer la inercia, para lograr hacer frente a los que se aferran a los asideros del pasado, a sus privilegios.

Gracias, Profesor Tamayo, por esta invitación a la utopía, que tan útil puede sernos para dejar atrás, con el esfuerzo de todos, los tiempos de zozobra, de crisis.